

Ethos: la morada de lo propio¹

María Alejandra Tortorelli²

Resumen: El presente artículo aborda el tema de la adopción y de la fertilización asistida, no desde la familiaridad de los lugares y los lugares de lo familiar — la propiedad de lo propio y la ajenidad de lo otro, lo natural y lo artificial, lo familiar y lo extraño — sino desde la noción de ética concebida como la morada que el habitar — “ethos” — implica. Una ética de lo propio trae violencia. La adopción y la fertilización asistida plantean un problema ético no porque sean ellas mismas un problema de ajenidad sino porque dislocan la propiedad de lo propio.

Palabras-clave: Adopción. Alteridad. Ética. Fertilización asistida.

La ética o, más aún, la problemática ética, tal como estas Jornadas lo anuncian, debe plantear una pregunta, abrir una cuestión. No hay ética sin apertura a lo problemático, no hay ética sin pregunta, no hay ética sin problema. Las certezas y las respuestas no dan a pensar cuestiones éticas. Sólo las preguntas abren problemas, problematizando lugares instituídos y valores ya asignados. De lo contrario, inhibida en su problematicidad, la ética se convierte en un mero ejercicio discursivo, tranquilizador de buenas conciencias.

La ética es una morada. En la noción tradicional de hábitos y costumbres — del hacer y del qué hacer — se pierde la dimensión del habitar que la palabra ética, entendida como *ethos*, es decir como morada, contiene. Los hábitos hablan

1 Exposición presentada en Apdeba , 30 de mayo del 2003. Terceras Jornadas de “Adopción y fertilización asistida”.

2 Licenciada en Filosofía la Universidad de Buenos Aires. Master y Doctorado en Filosofía en The New School for Social Research, New York (Tesis en proceso). Titular en la Especialización en Niñez y Adolescencia del Hospital Italiano. Especialización en Infancia y Niñez, de la Facultad de Psicología, de la Universidad de Buenos Aires.

de un habitar, habitar el cuerpo, la casa, el mundo. Mas, una ética fundada de antemano en la propiedad de los lugares propios, en las propiedades, es una ética que promete violencia. Luego, si la adopción y la fertilización vienen aquí a plantear una problemática ética es porque ellas mismas son experiencias que le abren una hendidura a la ética de la propiedad sin más.

Diferentes regiones del saber, legítimamente y jurídicamente instituidas como la medicina, la biología, el psicoanálisis y la filosofía vienen hoy aquí a analizar la problemática ética que la adopción y la fertilización asistida abren. Mas, si no estamos nosotros mismos dispuestos a acoger, a recibir lo problemático, lo ajeno, lo foráneo en el seno mismo de nuestros respectivos saberes, poco podremos hacer al respecto. En rigor me pregunto si somos nosotros los que debemos arrogarnos el derecho de hablar acerca de la adopción y la fertilización asistida o si, por el contrario, no deberíamos nosotros aprender de este gesto de acogida, de recibimiento que tanto la adopción como la fertilización asistida nos enseñan. Pero, ¿hasta qué punto los saberes que aquí representamos son capaces de dar acogida a lo ajeno? ¿Están dispuestos nuestros saberes y nosotros mismos, sus representantes, a “adoptar” y a dejarnos “fertilizar” por otros saberes o acaso pretendemos problematizar la cuestión de la adopción y la fertilización asistida desde la propiedad de lo propio que cada saber ostenta? Hablar de adopción y de fertilización asistida exige dejarnos habitar por la ajenidad que estas prácticas señalan.

Deberíamos empezar por preguntarnos, primero y ante todo, por qué hace problema — problema ético, problema de moradas — la adopción y la fertilización asistida. ¿En qué nos interrogan?

La adopción y la fertilización asistida, tal como las concebimos — y “concepción” no es una palabra inocente aquí —, albergan, dan acogida a lo ajeno en el seno de lo propio. Lo que allí se pone en juego es la generosa hospitalidad de un recibir lo “no-propio” “como si fuera propio”. Pero, ¿por qué “como si fuera propio”? ¿Qué se juega en este velamiento de lo ajeno al concebirlo “como si fuera propio”? ¿Es, acaso, un problema de ajenidad lo que se pone en juego aquí? Mas, ¿por qué la ajenidad habría de ser un problema? ¿Es lo ajeno un problema en sí mismo? Acaso, ¿nos lo hemos planteado alguna vez? ¿No será acaso problemática la ajenidad — y de allí la necesidad de velarla — porque viene a poner en cuestión la propiedad de lo propio?

Lo he planteado con anterioridad en este mismo lugar y quisiera reiterarlo ahora. Lo que nos inquieta soberanamente de la adopción y de la fertilización asistida no es la “ajenidad en sí misma” — como si algo así fuera posible — sino la ajenidad en la medida en que ésta viene a perturbar la pretendida propiedad

de lo propio, viene a dislocar la morada de lo propio, la ética de la propiedad. En otros términos, la ajenidad no es un problema porque ella misma, en sí misma, lo sea sino por que ella viene a interrogar la pretendida propiedad de lo propio. Propiedad de lo propio respecto del cuerpo: la biología y la medicina. Propiedad de lo propio respecto de la familia, la sociedad, el Estado y la Nación: el derecho y la filosofía del derecho.

Habitamos estas moradas — el cuerpo, la familia, la nación — como naturalmente propias sin advertir que lo “naturalmente propio” responde a un trazado arbitrario de prácticas simbólicas y no simbólicas siempre expuestas a modificaciones epocales. Qué se tiene por propio y por natural no es nada propio ni natural. Es verdad, que tanto la biología como el derecho y la filosofía del derecho están dispuestas a alojar lo ajeno, mas lo hacen sin problematizar lo propio. De allí la hegemonía de un saber/poder no cuestionado.

En un texto llamado *La Hospitalidad*, Derrida se pregunta:

¿Qué quiere decir ‘extranjero’? ¿Quién es extranjero? En su sentido más estricto extranjero se entiende a partir del campo circunscripto del *ethos* o de la ética, del *habitat* o de la morada como *ethos*, de la moralidad objetiva, principalmente en las tres instancias determinadas por el derecho y la filosofía del derecho de Hegel: a saber, la familia, la sociedad burguesa o civil, y el Estado (o el Estado-nación). (Derrida y Dufourmantelle, 2000, p. 49)

Es *a partir* de esta morada de lo propio que se define al “extranjero”, a lo extraño, a lo ajeno. Concebido desde esta perspectiva de lo propio, lo ajeno es lo no-propio.

Pero, es justamente este “a partir de lo propio” lo que se vuelve problemático aquí y lo que hace que lo ajeno venga a perturbarnos. ¿Es acaso lo propio un valor en sí mismo? ¿Existen valores en sí mismos? “Detras de todo valor, — solía señalar Nietzsche — existe una valoración”. Habrá entonces que interrogar esta valoración instituida de lo propio y lo natural, a partir de la cual lo ajeno y lo artificial vienen a jugar el papel de agentes externos perturbadores. No se puede abordar la problemática ética de la adopción y de la fertilización asistida si no se le abre un interrogante a las moradas que se tienen por propias.

Se plantea aquí una curiosidad y una paradoja: Aquellos saberes que instituyen lo propio del cuerpo — la medicina y la biología — son aquellos mismos que lo abren a la ajenidad de la técnica. Lo mismo vale para el derecho que determina lo propio de la familia a la vez que la abre a la adopción. Pero la paradoja es aparente: sólo aquel que tiene soberanía sobre lo propio puede arrogarse el derecho de legislar y disponer acerca de lo ajeno. Pero entonces es necesario volver a plantear el punto problemático: no es lo ajeno lo que hace problema

aquí sino la soberanía de lo propio. No es la ajenidad de la técnica, de lo artificial o de lo no propio lo que nos perturba y no estamos dispuestos a aceptar. Es más bien el dislocamiento de la propiedad de lo propio como valor y como ejercicio de poder lo que no nos atrevemos a poner en cuestión. Sugerir, si quiera, que la biología es ya técnica parece un disparate o una provocación. Sugerir, si quiera, que lo natural es ya cultural parece otra insensatez. Tal es la hegemonía de lo naturalmente propio.

Recibir lo ajeno en el seno de lo propio es un recibir a medias, una hospitalidad condicionada. Anne Defourmantelle en el texto citado anteriormente pregunta:

Para ofrecer hospitalidad: hay que partir de la existencia garantizada de una morada o bien es sólo a partir de la dislocación del sin abrigo, del sin-lugar-propio que puede abrirse la autenticidad de la hospitalidad? Quizá únicamente aquel que soporta la experiencia de la privación de la casa puede ofrecer hospitalidad. (Derrida y Dufourmantelle, 2000, pp. 58-60)

La ajenidad de la fertilización asistida, específicamente, es una ajenidad producida por intervención técnica. Esta intervención de la técnica nos pone de inmediato en el umbral que diferencia lo natural de lo artificial, o lo propio por naturaleza de las múltiples intromisiones técnicas que vienen a auxiliar o suplementar lo biológicamente natural. De hecho, se habla de inseminación “artificial”. Pero, una vez más, lo que se pone en juego aquí no es la ajenidad de lo supuestamente artificial sino, más radicalmente, aquello que se supone por sí mismo natural. “A menudo es la mutación tecno-político-científica la que nos obliga a deconstruir lo que en verdad deconstruye de sí misma esas pretendidas evidencias naturales o esos axiomas intocables” (Derrida y Dufourmantelle, 2000, pp. 58-60).

La biología, la medicina, pero también el derecho y la filosofía del derecho, como saberes que definen los campos de lo propio: lo propio del cuerpo, lo propio de la familia, lo propio de la nación, son los mismos que vienen a dislocar esas propiedades, ya sea por intervención jurídica, por intervención médica o por intervención técnica. Consecuentemente, ningún saber ni ningún campo u objeto por éste circunscripto está exento de ser dislocado en su propiedad por aquello mismo que produce.

El desarrollo actual de las técnicas — comenta Derrida — reestructura el espacio de tal modo, que lo que constituye un espacio de propiedad controlado y circunscripto es aquello mismo que lo abre a la intrusión. Esto, una vez más, no es nuevo en absoluto: para

construir el espacio de una casa habitable y de un propio hogar, es menester también una abertura, una puerta y ventanas, es preciso asignar un pasaje al extranjero. No existe casa o interioridad alguna sin puerta ni ventanas. (Derrida y Dufourmantelle, 2000, p. 63)

Lo que la metáfora arquitectónica da a ver es que no hay casa, ni morada, sin ventanas. Aún cuando se trate del cuerpo como “morada” biológica, no hay propiedad de lo propio, valga la redundancia, sin apertura simultánea a lo ajeno. Para comprender radicalmente lo que aquí se trata de enunciar, sería indispensable abordar la cuestión del cuerpo desde la experiencia de borde, tal como lo hace Jean Luc Nancy en su extraordinaria escritura de *Corpus*. Lamentablemente excede la actual exposición.³

La técnica, ese otro nombre para lo supuestamente “artificial”, siempre ha venido ya a dislocar la supuesta propiedad de las propiedades privadas, de las moradas propias, de la propiedad de lo propio. También la del cuerpo. Y lo hace constantemente. El teléfono, la televisión, Internet, perturban las fronteras del espacio privado así como —permítaseme la analogía— la fertilización asistida perturba la supuesta privacidad de un cuerpo propio natural exponiéndolo a la ajenidad de una técnica que se supone suplementaria o auxiliar sólo en contraste con lo que se supone es por naturaleza.

Todas esas posibilidades tecnocientíficas amenazan la interioridad del propio hogar (uno ya no está en su propio hogar!) y en verdad la misma integridad del sí mismo... Estas posibilidades son sentidas como amenazas que pesan sobre el propio territorio de lo propio y sobre el derecho de la propiedad privada. (Derrida y Dufourmantelle, 2000, pp. 55-57)

Un cuerpo es una morada; una familia también. Pero así como no hay casa sin ventanas y sin puerta no hay cuerpo ni familia sin ajenidad. Un cuerpo “propio”, una familia “propia”, es una morada ya abierta a la ajenidad: a la ajenidad de uno y de los otros. Quizá habría que distinguir entonces entre un “cuerpo hospitalizado” y la “hospitalidad del cuerpo”. El “cuerpo hospitalizado” es la apropiación del cuerpo por el orden médico. La “hospitalidad del cuerpo” y de la familia, habla, en cambio, de una auténtica paradoja: la de constituir lo propio dando acogida simultánea a lo ajeno. Un lugar ya apropiado de antemano no es habitable. El habitar hace al lugar y no éste a aquel. Sólo destituyendo la ética de la propiedad, la morada de lo propio —lo propio del cuerpo, de la familia, del Estado o de la Nación, etc. —, quizá sea posible calcar el gesto genuinamente hospitalario de aquellos que, no teniendo casa propia, dan acogida a lo que ha de venir.

3 Nancy, J. L. (2003). *Corpus*. Madrid: Arena Libros.

Ethos: the dwelling of property

Abstract: The present article works on adoption and assisted fertilization not from the naturalized places of the proper and the strange, the natural and the artificial, but from the notion of ethics conceived as dwelling (“ethos”). An ethics conceived from property brings violence. Adoption and assisted fertilization are not a problem in itself. If they bring about an ethical issue is because they dislocate the property of the proper.

Keywords: Adoption. Alterity. Assisted fertilization. Ethics.

Referências:

Derrida, J., & Dufourmantelle, A. (2000). *La hospitalidad*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.

Copyright © Psicanálise – Revista da SBPdePA
Revisão de espanhol: William Moreno Boenavides

Recebido em: junho/2017

Aprovado em: 22/01/2018

María Alejandra Tortorelli

Islandia, 2260

Belén de Escobar

Provincia de Buenos Aires

CP. 1625 - Argentina

E-mail: alejandratororelli@yahoo.com.ar